





PLANETA

CONTEMPORÁNEO

# **LAS MUJERES EN LA GUERRA**

PATRICIA LARA

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta  
Fotografías de la cubierta: Mariela Guerrero Serrano.

© 2000, Patricia Lara

© 2014, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-4013-2

ISBN 10: 958-42-4013-7

Primera impresión: julio de 2014

Segunda impresión: julio de 2015

Tercera impresión: febrero de 2016

Cuarta impresión: agosto de 2016

Quinta impresión: enero de 2017

Sexta impresión: febrero de 2018

Séptima impresión: marzo de 2019

Octava impresión: septiembre de 2019

Novena impresión: enero 2020

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

## PATRICIA LARA (biografía)

Estudió filosofía y letras en la Universidad de los Andes, hizo un posgrado en ciencias de la información en L'Institut Français de Presse de la Universidad de París II y obtuvo la maestría en periodismo en Columbia University, Nueva York. En 1974 fundó, con el expresidente Carlos Lleras Restrepo, el semanario *Nueva Frontera*. Fue corresponsal en Europa, Estados Unidos y América Latina de *Alternativa y Proceso* (México), de *El Espectador* y Caracol. Colaboró con *Cromos* y *Latin American News Letter*, así como con *El Tiempo*. En 1993 fundó en Colombia, con el español Juan Tomás de Salas y Daniel Samper Pizano, *Cambio 16*. Fue presidenta de este semanario durante cinco años y luego directora de 1996 a 1998. En 1994 ganó el Premio Nacional de Periodismo CPB con su informe sobre drogas. En 2000 obtuvo el Premio Planeta de Periodismo por su trayectoria profesional y por su libro *Las mujeres en la guerra*. En 2005 publicó *Amor enemigo* y en 2009 *Hilo de sangre azul*.



# DEDICATORIA PARA HOMBRES QUE NO HACEN LA GUERRA

*A Eligio García Márquez,  
ese compadre que me hizo volver a escribir libros.*

*A ti, Yiyó, compadre, mi Jaime Molina...*

*A Jaime Garzón,*

*a quien asesinaron porque no entendieron  
que vivía sólo para lograr su sueño:*

*el de aceptarnos por fin, comprendernos y abandonar la guerra.*

*A Gabriel Iriarte,*

*por insistirme tanto para que hiciera este libro.*

*A Gabo,*

*por comprarme la revista y haber podido, sin ella,  
tener la paz para escribir este libro.*

*A Jorge, mi grandote.*

*A Federico, mi dueño.*

*A Carlos,*

*por su capacidad para entender la vida;*

*por eso, indignado, adolorido, feliz o muerto de la risa,*

*se sentó siempre a hablar con su vecina:*

*con Olga, Dorita, Margarita, la Chave, María Eugenia, Mavelén,*

*Myriam, la Nena, Gloria, Juana, Nina, Margot*

*y... Patricia.*

*A papá, siempre...*





## DEDICATORIA PARA MUJERES

*A cada una de las mujeres que aceptaron contar su historia, abrir su corazón y desnudar su alma para aportar su grano de amor con el fin de construir este libro y empezar a dibujar con él esa Colombia en paz donde podemos ser buenas vecinas. Pero, ante todo, donde seamos buenas mamás: por el bien de la vida.*

*A María, mi otro yo, mi mujercita.*

*A mi mamá, la mujer de mi vida.*



# ÍNDICE

Agradecimientos.....	13
Introducción.....	15
<i>Dora Margarita</i> , ex guerrillera del ELN y el M-19 .....	21
Liliana López, alias <i>Olga Lucía Marín</i> , comandante de las Farc.....	77
Isabel Bolaños, <i>la Chave</i> , dirigente de las Autodefensas .....	133
La viuda del líder de izquierda, María Eugenia de Antequera.....	195
La viuda del teniente, Maxelén Boada de Pulido .....	211
La mamá del soldado, Myriam de Roa .....	223
La secuestrada y su madre, Gloria y la Nena .....	235
La desplazada, <i>Juana Sánchez</i> .....	255
La mamá de guerrilleros, hija de coronel, esposa del almirante, Margot Leongómez de Pizarro.....	269

## **DORA MARGARITA, EX GUERRILLERA DEL ELN Y EL M-19**

**L**a monja se quitó su hábito blanco en medio de la oscuridad de la selva. La luna se reflejaba tenuemente en las aguas del río. El ruido de la corriente y los pescados que en su bienda brincaban una y otra vez eran nuestra única compañía.

La hermana Marina se puso bluyín y una camisa blanca. Parecía aún más delgada y más blanca que de costumbre. Caminamos unos minutos río arriba. Encontramos a Juan. Nos esperaba con una canoa.

Metimos en la canoa las diez cajas que llevábamos. Eran pesadas. Estaban repletas de ropa, hamacas y remedios para los guerrilleros del Ejército de Liberación Nacional.

Nos montamos en la barquita. Los pescados, bocachicos en su mayoría, golpeaban la canoa por todas partes. Algunos se nos subían. Los echábamos al agua otra vez. Había muchos. Era lindo eso...

Navegamos toda la noche.

En el camino recordaba nuestro viaje en bus desde Medellín hasta un pueblito del sur de Bolívar. Había unos precipicios enormes. El bus se estrelló. ¡No nos matamos de milagro! Hubo muertos y heridos. Yo me salí por una ventana. La monja y yo íbamos en el último puesto. Eso nos salvó. Sólo me pegué en una rodilla. Después me salieron morados por todas partes.

Aparecieron camperos y carros que venían de un pueblo cercano. Ya sabían que había ocurrido un accidente grave. Querían auxiliarnos. La hermana Marina les pidió que nos ayudaran con las cajas. Al verla tan suave, la auxiliaron primero. Echaron las cajas en un campero y nos llevaron a un pueblo. Ahí tomamos otro carro que nos condujo cerca del río.

En el camino pensaba en mi mamá. No me había despedido de ella. No le había dicho que no sabía si la volvería a ver. No le había contado que había llegado la hora de irme a la guerrilla.

¿Quién iría a ayudarla, si yo no iba a vivir más con ella?

Recordaba la casa de mi infancia.

Era de inquilinato. Quedaba en Medellín. Era antigua, grande. Tenía un solo piso y dos patios llenos de helechos que colgaban hasta el suelo. Había mirlas.

En un solo cuarto dormíamos mis dos hermanas mayores, mi hermano menor, mi mamá y yo. Todos nos acomodábamos en la cama doble. Era la única que había. La habitación medía como tres metros por tres. Tenía una mesa y una silla.

Los cuartos del inquilinato quedaban alrededor de uno de los patios. Junto al otro estaban las veinticinco cocinas, el lavadero y el baño. En la casa había montones de muchachitos. Jugábamos. Recuerdo que vivía una señora paisa con

veinticuatro hijos. Era pequeñita. En cualquier parte se sacaba el seno y le daba de mamar al chiquito de turno.

En esa casa viví desde los dos años hasta los diez, cuando nos mudamos al tugurio.

Yo no me acuerdo de mi papá. Murió cuando yo tenía dos años. Mi hermana mayor sí lo recuerda. Dice que era moreno, alto, bien parecido. Mi mamá contaba que cuando él vivía no nos faltaba nada: si ella le pedía una cosa, él le llevaba un bulto. En la casa mantenía cajas de una leche en polvo marca Reina del Campo. Cada uno de nosotros tenía su propia cuna.

Vivíamos en una casa muy grande. Era arrendada. Mi papá administraba una cafetería cercana. Ganaba buen dinero. Le dio un infarto. ¡El problema fue que se hubiera muerto!

Cuando murió tenía sesenta y cinco años. Mi mamita quedó viuda de treinta y siete.

Ella sufrió mucho con la muerte de mi papá. Vivía muy triste. Una vez la encontré llorando junto a un baúl grande, antiguo. Tenía en la mano una muda blanca. Y cuando me vio dijo: «Mija, esa ropa era de su papá».

Mi papá no nos dejó nada. Mi mamá contaba que lo único que le quedó fueron letras de dinero que él había prestado y que ella no pudo recuperar. Él no quiso comprarnos casa porque decía que para eso mis tíos y mis abuelos tenían plata.

Pero con La Violencia lo perdieron todo...

Mi mamá contaba que los abuelos tenían una finca de caña con trapiche en Guaca (Santander). Vendían panela y molían cacao. Con La Violencia les tocó abandonarla. Y quedaron sin nada.

Mi mamá hablaba de La Violencia. Decía que una noche persiguieron a mi papá. Los del Ejército habían llegado en un camión para hacer cumplir el toque de queda. Lo salvó que se escondió en una alcantarilla. Por eso no lo mataron.

Mamá contaba que cuando estaba embarazada de mi hermana Lucía, casi la pierde: fue inmensa la impresión que le causó ver por la ventana cómo una noche le cortaron la cabeza a un señor.

Yo no sé si ella era liberal. Supongo que sí. En la casa nunca se hablaba de política.

El que sí nos gustaba era el general Rojas Pinilla. Él hacía que nos dieran leche y unos quesos amarillos. Sendas mandaba la leche a un sitio. Creo que era una escuela. Allá iban las mamás a reclamarla.

Una vez nos llevaron y nos dejaron en una escalera. Había muchísima gente. Mi mamá fue a ver si podía coger un regalo de Navidad. De pronto vimos cómo sacaban varias mujeres en camillas. Se habían ahogado en el apretujón de la multitud reclamando los regalos.

Esa vez, a mi mamá le dieron un juego de materitas desarmables. Ella llegó con las materas y con el dedo pintado con una tinta indeleble que olía horrible, y así indicaba que ya había recibido su obsequio. Mamá decía que el general Rojas Pinilla era el único presidente que de verdad se había preocupado por los pobres.

Cuando murió mi papá, mi mamá no sabía hacer absolutamente nada. Por eso le tocó vender los muebles, e ir a lavar y planchar ropa a las casas de los ricos.

Salía todos los días muy temprano. Nos dejaba solos. Diana, mi hermana mayor, nos cuidaba. Tenía siete años. Le seguíamos Lucía con tres, yo con dos y Gilberto con uno. Él murió de infarto a los dieciséis años.

Para que permaneciéramos en la casa, mi mamá nos decía que si salíamos a la calle nos llevaban el Coco, la bruja

o la Llorona. Yo sentía miedo... Era muy oscuro cuando ella regresaba. Todos corríamos a acostarnos para llegar primero y coger el mejor puesto en la cama: era el del rincón, al lado de mi mamá. En ese lugar no sentíamos que el Coco pudiera alcanzarnos. En cambio si quedábamos en la orilla el miedo era horrible.

Mi mamá compraba harina de tostadas y hacía mazamorra. Unas veces era de dulce y otras de sal. Cuando cocinaba, comíamos mazamorra de ésa con papa salada. A veces mi mamá nos llevaba en tarros de lata lo que sobraba en las casas donde ella trabajaba por días.

En una época trabajó en la cocina de una clínica. Se quedaba hasta tarde para poder llegar con las cabezas y los pescezcos de pollo que botaban. Por eso era tan oscuro cuando mi mamá aparecía.

A Lucía le daba miedo que afuera se viera tan negro y que mi mamá no estuviera. Se ponía a llorar y se metía debajo de la mesa. Decía que ahí no la alcanzaba el Coco. A mí me daba rabia que llorara.

A los siete años me mandaron para la escuela. Pero en los tiempos de las cometas, me quedaba en la calle. Y volaba cometas. Cuando llovía, hacía barquitos de papel con las hojas del cuaderno. Los echaba a navegar por el agua. Cuando se me acababan las hojas me iba para la casa. Mi mamá creía que yo estaba en la escuela. Pero un día llegó una nota en la que preguntaban si yo estaba enferma o si me había retirado, porque hacía dos meses que no iba a clases. Cuando mi mamá leyó la nota me dijo: «Si usted no va a estudiar, va a trabajar».

Entonces me consiguió trabajo en una casa. Me mandó con la ropa en una cajita. Yo era niñera y ayudante de cocina. Me tocaba pelar yuca. Como era muy pequeña, no alcanzaba



a los mesones de la cocina; entonces la patrona me ponía un cajón y ahí me subía. Tendía camas. Barría. Limpiaba el piso. No sé si a mi mamá le pagaban por lo que yo hacía. A mí no.

Una vez me echaron fuate porque no le busqué rápido las medias al hijo de la señora. El muchacho empezó a gritar. Y como yo no corrí, me pegaron.

La puerta de la casa estaba cerrada con llave. No podía volarme. Además no sabía llegar a la casa. Me tocaba esperar hasta el domingo, cuando mi hermana mayor fuera a recogerme.

Le conté a mi mamá que me habían pegado. Le mostré los morados que me había dejado el fuate. Se enojó y fue a hablar con la señora. No se qué le diría. En todo caso no me volvió a mandar a esa casa.

Volví a la escuela. Había perdido un año. La maestra andaba con una férula. Si uno no sabía la lección o si lo pasaba al tablero y no había hecho la tarea, le cogía la mano, le pegaba con esa férula y le estampaba una seña de globitos rojos.

¡En la escuela pasaba un hambre impresionante! ¡Por eso no me gustaba ir! Me desmayaba. Las niñas me preguntaban por qué. Yo no les decía que me desmayaba de hambre. Una vez le conté a una. Ella les dijo a las otras, y me llevaron como veinte almuerzos.

Yo acostumbraba a pasar frente a una fábrica de bizcochos. A las latas donde los hacían les ponían un papel. Y cuando las limpiaban, les quitaban ese papel y lo echaban a la basura. Entonces yo lo recogía y me lo comía.

En una ocasión mi mamá me llevó a una de las casas donde trabajaba. Era muy linda. Las paredes eran de madera. Se abrían y se cerraban. De ellas salían la mesa del comedor, la de la plancha, todo. Esa casa era muy elegante. Me impresionó ver tantas comodidades, tan lejanas de lo que yo conocía.

Allá mi mamá duraba muchos días lavando ropa. A la señora le gustaba que quedara bien blanca. Para conseguirlo, decía que había que dejarla secar a la luz de la luna porque los rayos de luna la despercudían.

Esa tarde le llevaron al niño de la casa una sopa de verduras riquísima. Él no quería tomársela. La niñera le rogaba que se la tomara. Como no quiso, me la pasaron a mí. Me pareció deliciosa. Jamás había probado algo tan sabroso...

El recuerdo más grabado en mi memoria es el del hambre. Pasé hambre desde muy chiquita. Mi mamá contaba que ella me dejaba en la cuna y se le olvidaba darme teta porque tenía mucho oficio: lavar, pringar teteros, cocinar, arreglar la casa. La casa era muy grande. Era la época en que vivíamos con mi papá. Como a la una de la tarde, cuando a mi mamá empezaban a dolerle los senos de tanta leche que tenía acumulada, se acordaba de mí. Yo no lloraba. Pero cuando me ponía la teta, comía con ansia...

Nosotros íbamos a la escuela con la ropa que a mi mamá le regalaban en las casas. Muchas veces íbamos sin zapatos. Pero eso no me importaba tanto como aguantar hambre. En la Casa del Pobre había una monjitas que reunían los desechos. Lo que botaban en la plaza de mercado —tomates, plátanos, repollo, yuca, papa—, todo eso lo ponían a cocinar en unas ollas inmensas. A las doce del día había una fila de gente. Nosotros llevábamos un plato y una cuchara. Ahí nos servían la sopa. Con eso almorzábamos. Pero mi hermano no comía porque la sopa tenía unos gusanos blanquitos. ¡Se le revolcaba todo cuando los veía! Nosotros le rogábamos que comiera. Pero él se negaba...

Nunca robé comida. Pero ¿dónde? Los vecinos eran muy pobres. Sólo les alcanzaba para comer ellos. Lo que sí hacía era coger unas laticas como de cobre que parecían monedas.

A media cuadra de la casa había una tienda. La atendían unos viejitos de pelito blanco. Yo dizque les compraba pan y dulce y les pagaba con esas laticas. Creía que ellos pensaban que eran monedas. Pero me daban el pan y el dulce para ayudarme. Esa era la única trampa que hacía para conseguir comida.

Mi mamá nos decía que si ella se enteraba de que habíamos robado, así fuera por hambre, el fuate que nos daba era muchísimo.

Mi mamita no nos pegaba porque no nos alcanzaba. Ella corría con un fuate de cuatro gajos. Pero nosotros corríamos más rápido. Y nos quedábamos en la calle hasta cuando guardaba el fuate, fueran las horas que fueran.

A mí sólo me pegó una vez. Nos había comprado unas alpargatas para que no anduviéramos a pie limpio. No me gustaron. Entonces las corté y las boté al tejado. Se perdieron. Pero alguien descubrió los pedazos en el tejado y se los mostró a mi mamá. Ella se enojó muchísimo: «Con tanto sacrificio que las había comprado»... Me dio una tunda terrible.

De mi infancia sólo me quedaron tres buenos recuerdos: la libertad tan sabrosa en que vivíamos, los barquitos de papel que hacía cuando no iba a la escuela y la muñeca negra de trapo que me hizo mi mamá. Una vez la bañé y no volvió a secarse nunca. Todo lo demás fue pobreza...

En mi casa éramos ateos. Nadie iba a misa ni rezaba. Pero me tocó hacer la primera comunión porque en la escuela era obligatoria. Yo no tenía vestido. Entonces mi mamá me consiguió una falda azul y una camisa. La vecina me prestó unos zapatos negros que me quedaban pequeños. Con eso la hice.

La Navidad de la infancia era muy triste... El Niño Dios les dejaba regalos a todos mis amiguitos. Nosotros poníamos el famoso zapato en la orillita de la cama a ver si nos traía algo. Pero nada, ino nos dejaba nada! Mi mamita decía que el Niño

Dios era muy pobre y que no le alcanzaba para darles regalo a todos los niños. Sin embargo, nosotros veíamos que siempre le alcanzaba para darles a los demás. Sólo una vez nos dejó regalo: fue un dulce de esos que llaman besos de negra, blanco por dentro y con chocolate por fuera. Sólo una vez nos dejó regalo...

Yo le preguntaba a mi mamita:

—¿Por qué me hizo, mamá? ¿Por qué me trajo a este mundo a sufrir?

—Yo no la hice. Su papá se me montaba. ¡Y me hizo todo ese montón de hijos! Yo no le decía nada porque sentía inseguridad. Afortunadamente se murió. Si no, yo hubiera tenido ocho o diez hijos.

Mi papá buscaba tener un varón. Cuando Gilberto nació hizo fiesta, invitó a los amigos y se emborrachó. Cuando nació Diana no se puso bravo porque era su primer hijo. Cuando nació Lucía no le gustó. Y cuando nací yo se enfureció y no quiso ni mirarme.

Las vecinas le decían a mi mamá que con tanta pobreza le iba a tocar regalarnos, porque no iba a tener cómo mantenernos. Me señalaban y le decían: Regálenos esta negrita.

Pero mi mamita les contestaba: «¡Me muero con ella! Yo no soy ni una perra ni una gata para regalar los hijos».

Yo quise mucho a mi mamita. ¡Cómo no! Si era lo único que tenía...

Ella era blanca, bajita, gordita. Tenía el pelo negro, crespo. Le daba hasta la cintura. Casi nunca se lo soltaba. Se lo recogía en una moña. Era bonita mi mamá. Y era educada. Había sido maestra de primaria en su pueblo, Guaca. Se llamaba Margot. Por ella escogí Margarita como nombre de combate.

Perdí mucho tiempo de escuela. Cada vez que mi mamá descubría que yo no iba, me metía a trabajar en una casa... A los diez años terminé cuarto de primaria. Ya estaba grande.

Quería hacer el quinto. Me matriculé. Me dieron una lista con los libros que necesitaba: sociales, religión, matemáticas...

Mi mamá me dijo: «Yo no puedo comprárselos. Usted verá de dónde saca».

No pude estudiar más...

Por esa época nos mudamos al tugurio. Lucía le había llegado a mi mamá con el cuento de que había posibilidades de que nos fuéramos a hacer un tugurio en un barrio. Así viviríamos sin pagar arriendo. Mi mamá le consultó a un tío. Él nos acompañó.

El cuarto donde nos fuimos a vivir era del mismo tamaño que el del inquilinato. Pero no tenía pavimento, era de tablas y cartones. No tenía agua, ni luz, ni lavadero, ni cañerías, nada... Yo no quería vivir allá. Cuando llovía se formaban barriales. Para recoger el agua había que caminar como cien metros en medio del barro, hasta llegar a un tanque donde hacíamos fila con los baldes en la mano. El agua que recogíamos nos servía para cocinar, lavar, bañarnos, tomar, todo. Los baños del tugurio eran colectivos. La cocina era un fogón de petróleo.

Los tugurios los erradicaban. Cada rato llegaba la Policía y nos tumbaba el ranchito. Lo volvíamos a levantar. Esa era una pelea que dábamos de día y de noche. Duró como tres meses, hasta que el gobierno se cansó... Entonces nos dejaron en paz.

En el tugurio ya teníamos tres camitas para nosotros, más la cama doble de mi mamá. Lo mejor era dormir con ella. Le tocaba al que primero cogiera el puesto. Durmiendo con ella me sentía segura...

Hasta perro teníamos... Se llamaba Cachirulo. Era ladrón. Llevaba a la casa ollas con comida que recogía en los demás ranchos. Se comía lo que había en la ollas y las dejaba por ahí. Una vez llegó corriendo con un pescado grande en la boca. Detrás venían un poco de muchachitos. Dijeron que el perro

les había robado el pescado en la plaza. Así supimos que el ladrón era él.

Por esa época mi hermana mayor se enamoró y se puso a tener hijos. Tuvo seis. El marido vivía en el tugurio. Trabajaba en construcción. Se fue a vivir con ella al ranchito. Todos nos acomodamos ahí.

Al lado de nosotros vivía una amiga de mi mamá que trabajaba como guarnecedora de zapatos. Ponía las hebillas, hacía las costuras, doblaba el cuero, forraba los zapatos... Como yo no pude seguir estudiando, mamá le pidió que me enseñara ese oficio. La señora le dijo que podía enseñarme a guarnecer zapatos, pero que no podía pagarme. Entonces mi mamá me consiguió un trabajo de niñera de medio tiempo.

En la casa donde cuidaba el niño yo dormía y me daban la comida. Por la mañana me iba a aprender a hacer la guarnición. Ahí me cambió la situación porque ya tenía asegurada la comida. Así duré unos meses. Un día la señora me dio 5.000 pesos y me dijo: «Tome esto. Ya no la tengo más. Ahora tiene que buscar trabajo».

Mi mamá me dijo también que ya no me mantenía más y que tenía que buscar cómo vivir. Entonces me arreglé y me fui a las zapaterías de Itagüí. Me preguntaban si sabía cortar, desbastar, guarnecer. Yo no sabía mucho, pero a todo decía que sí. Me recibían. Cometía errores, desperdiciaba material, ponía las hebillas al revés y me botaban. Me iba para otro chuzo. Conseguía trabajo y me volvían a botar. Así duré hasta que adquirí práctica.

Me hice responsable de mi mamita. Ella dejó de ir a lavar y planchar ropa. Yo le daba los alimentos, el jabón, lo que necesitara. Ganaba poquito. Pero de todas maneras mejoró la situación. Compré una plancha. Planchaba la ropa donde una señora que tenía luz. Le pagaba para que me permitiera

conectarla. Me gustaba ir bien presentada al trabajo. Le pagaba también para que me dejara bañar.

A los doce años me ennovié con José. Él tenía quince. Era el cuñado de mi hermana mayor. Era lindo, blanco, rubio, de ojos claros, flaco, una gran persona, tenía una maravillosa forma de ser. Al igual que su hermano, trabajaba en construcción ... Fue mi primer amor. Hasta que murió en la guerra...

Con José me hice mujer. Los primeros años nos cogíamos de la mano no más. Cuando tuve 18 años me besó. Y cuando cumplí 20 tuvimos nuestra primera relación. Era muy respetuoso. Y uno criado en esa moral tan impresionante... El día de mi cumpleaños me llevó a una residencia. Fue muy tierno conmigo. José me quiso mucho. Era como una sombra. Me acompañaba a todas partes. Los domingos íbamos a la piscina pública. Me fascinaba nadar.

En esa época apareció un cura franciscano. Se llamaba Aurentino Rueda. Llegó a vivir en el tugurio. Creó un club para jóvenes que llamó Los Conquistadores. La idea era que allá nos reuniéramos, celebraríamos los cumpleaños, practicaríamos ajedrez, lotería, bingo, parques y asistiéramos a conferencias. Allá nos distraíamos. El cura nos atrajo. Abrió una droguería en el tugurio. Con sus amigos ricos conseguía las drogas que hacían falta en el barrio. Decía que los que quisieran ayudar a la gente podían trabajar en la droguería.

José y yo nos metimos a trabajar con el cura. Nos tocaba seleccionar los remedios que él llevaba, según las instrucciones del vademécum. Colocábamos las drogas seleccionadas dentro de un gabinete: aquí los antibióticos, allí los calmantes, y así. La droguería se abría por la noche. Las medicinas se distribuían gratuitamente. Pero en la puerta había una alcancía con un letrero que decía: Si usted quiere ayudar deposite dinero aquí.